
**INTERVENCIÓN DE RUTH CHAPARRO - FUCAI
CAMPAÑA 58 DE MANOS UNIDAS
“EL MUNDO NO NECESITA MÁS COMIDA.
NECESITA MÁS GENTE COMPROMETIDA”**

Paxamü waxaitsi tajamonae. Pakabajakobatsi. Pexania matakabi.

Yo trabajo con unos pueblos que para decir tierra dicen madre, para decir madre, dicen ternura y para saludar dicen mi otro corazón. Hoy ustedes son mi otro corazón.

De los pueblos indígenas aprendí que nadie viene al mundo por error, que todos venimos a la vida a cumplir una misión, que en esta vida nadie sobra y nadie falta, que siempre estamos los que debemos estar. Y que nunca estamos fuera de lugar, que siempre estamos en el lugar y en el momento perfectos para cumplir nuestra misión y la misión que hoy nos convoca es la siempre renovada campaña de Manos Unidas en la Lucha contra el hambre porque EL MUNDO NO NECESITA MÁS COMIDA. NECESITA MÁS GENTE COMPROMETIDA.

Manos Unidas en su larga lucha contra el hambre cuenta con socios en los distintos países y a través de los socios logra llegar hasta los lugares más apartados de Asia, África y América para servir a los excluidos y vulnerados en sus derechos fundamentales.

Yo trabajo con la Fundación Caminos de Identidad FUCAI, uno de los socios locales de Manos Unidas en Colombia, cuya misión principal es acompañar procesos de desarrollo comunitario en pueblos indígenas para la construcción de un mundo incluyente, diverso y equitativo.

El apoyo de Manos Unidas fortalece nuestra lucha y nos permite como sociedad civil tomar partido y ser parte de soluciones activas que salvan vidas concretas y muestran que un mundo sin hambre es posible.

Vengo de Sur América, de un país llamado Colombia. Un país grande, bañado por dos océanos, el Atlántico y el Pacífico, con una hermosa región andina, con llanuras y con una enorme selva amazónica. Un país con todos los climas al mismo tiempo. Un país productor de café, flores, frutas, petróleo, carbón, oro, coltán, esmeraldas.... Es uno de los países más felices del mundo, según las encuestas.

Pero a su vez es uno de los más desiguales e inequitativos del mundo. Y un país que avanza con dificultades en la superación de un conflicto armado de más de 50 años.

Hoy quiero compartir con ustedes tres temas que considero fundamentales en la lucha contra el hambre.

1. El hambre duele
2. Sí es posible superar el hambre
3. Superar el hambre es cuestión de justicia, equidad e inclusión

1. El hambre duele

Pertenezco a una familia de clase media que tiene acceso a la educación y que tiene las necesidades básicas satisfechas, sin excesos.

A mis 18 años tuve contacto con el pueblo indígena Sikuaní de los Llanos Orientales y descubrí que había indígenas en Colombia y que eran discriminados. Los llamaban “los irracionales”, ellos mismos nos decían: “ustedes los racionales”. Pude ver de cerca las serias dificultades que tenían para acceder al servicio de salud y de educación mientras la colonización de sus territorios avanzaba como una locomotora. Rápidamente entendí que era necesario que ellos conocieran sus derechos y que pudieran tener sus territorios asegurados. Así recorrí sus comunidades y fue mi primer contacto con el hambre. En épocas de escasez estos pueblos tenían una capacidad muy grande para resistir el hambre y la sed. Al comienzo yo llevaba alimentos para preparar, pero me daba pena comer delante de ellos porque no alcanzaba para todos y había que cargar la comida, además de la ropa y la hamaca para dormir, todo pesaba mucho. Andaba largos trayectos a pie. Así que decidí ponerme a prueba y vivir como vivían ellos mientras estaba en el campo. Aprendí a comer lo que ellos comían, a comer en abundancia carne de animales de monte, pescado, frutas silvestres, en épocas de cosecha y abundancia y a aguantar hambre en épocas de escasez. Me alimentaba de harina de yuca y agua y cuando nos aburríamos, le poníamos un poco de picante.

Estaba muy contenta de haber logrado superar la prueba, pero no me daba cuenta aun del alto precio que iba a pagar como consecuencia de esta decisión. Sufrí de hambres acumuladas y esto generó en mi cuerpo un desequilibrio tal, que cuando salí, ya estando en la ciudad, me daba hambre súbita, con dolor profundo, con temblor, sudaba y si no encontraba algo de comer inmediatamente, me llenaba de agresividad y trataba mal a los más próximos. Allí aprendí que el hambre duele, que es muy grave, que uno se puede volver loco de hambre, que puede volverse violento y que puede morir de hambre.

Posteriormente, conocí una comunidad del pueblo Curripaco en las selvas del departamento del Guainía que tenía como propósito colectivo que nadie aguantara hambre en la comunidad y para esto tenían un lugar comunitario donde dos veces al día se reunían todos a comer. Cada día todas las familias salían a una hora convenida de su casa con ollas llevando alimentos que tenía preparados para compartirlos. En esa comunidad, a nadie se le podía negar el derecho de entrar a ese lugar y de comer. Así aseguraban que nadie salía a trabajar en la mañana o se iba a dormir con el estómago vacío. Ellos aseguraban que la calidad de un gobierno se

reflejaba en el plato de los gobernados y que la escasez en el plato de los gobernados, era la escasez en la mente de quienes los dirigían.

2. Sí es posible superar el hambre

12 años después, por invitación de los indígenas llegamos al Amazonas a trabajar en educación, a formar docentes, a diseñar planes de estudio bilingües e interculturales, a fortalecer los procesos organizativos en el marco de la garantía de derechos.

Algunos indígenas enfermos eran remitidos en avión a Bogotá la capital y quedaban solos, lejos de su gente, de su idioma, de sus costumbres y nos pidieron que los acompañáramos. Me impresionó que la mayoría de los enfermos eran ancianos y niños y la mayoría presentaba el mismo diagnóstico: Desnutrición. – Quedé asombrada. Pero si tienen tierra, tienen ríos, tienen mano de obra y tienen conocimientos, no entendía por qué estaban desnutridos.

En uno de los recorridos visitando las comunidades de uno de los ríos de la Amazonia, el Igaraparaná, le propusimos a la gente tratar el tema y para hacerlo les propusimos que en cada comunidad hiciéramos un almuerzo comunitario, que nosotros poníamos arroz, sal y aceite y que ellos pusieran lo que tuvieran y así podíamos dedicar tiempo suficiente para la reunión. Nuestra sorpresa fue que, en varias comunidades, sobre todo las de río arriba, nos daban sopa de arroz al desayuno, arroz al almuerzo y arroz a la cena. Les dije: - pero no entiendo, por qué no preparan otros productos, y nos respondieron: - porque no hay. Les dije: - y por qué no pescan en el río? A lo que me respondieron: - porque este río no tiene pescado. - Y por qué no cazan animales de monte? – porque cada día son más escasos. – Entonces cómo era antes? - me dijeron que antiguamente ustedes cultivaban de todo. Sí, me contestaron, pero con la explotación cauchera dirigida por los ingleses y por los peruanos, perdimos las semillas. La comunidad y su organización consciente de lo que estaba pasando nos pidió acompañamiento en el campo de la soberanía alimentaria y allí es donde aparece un socio muy importante para emprender esta tarea: **Manos Unidas**. Nos financió un primer proyecto orientado a la recuperación de suelos, semillas y aumento de las especies cultivadas tanto en el Igaraparaná como en el Municipio del Puerto Nariño sobre el Río Amazonas. Esto nos permitió sentar las bases de un modelo de sistemas agroforestales con base en el conocimiento indígena, acción a la que posteriormente se sumó Misereor de Alemania (miembro de la alianza internacional de ONG católicas CIDSE a la que también pertenece Manos Unidas). Recuperamos la mentalidad de abundancia. En medio de bailes y conjuros sembramos abundancia, las familias pasaron de sembrar 5 especies a 45. Sembramos de tal forma que sobre, sembramos para el ladrón, para el ratón, para mí, para mi familia y para la fiesta. Sembramos para coger, frutales y maderables de corta, mediana y larga duración. Hoy tenemos más de 3 mil hectáreas establecidas, que alimentan a más de 800 familias y este modelo se está implementando ahora en comunidades de Brasil y de

Perú. Compartimos banquetes de abundancia donde la cocina nativa es la protagonista. Se tiene comida permanente, suficiente, variada, nutritiva y saludable.

Con esta experiencia nos sentimos muy contentos, nuestros profesionales con pregrado, con maestría o con doctorado volvieron a la tierra a cultivar con las comunidades y a producir un discurso que se puede comer. Como dijo un anciano: dejen que la yuca hable por mí, que las piñas hablen por mí, yo quiero ese discurso que alimenta.

Estos son los resultados de los esfuerzos de **Manos Unidas** en asociación con nuestra organización FUCAI. En esta experiencia podemos mostrar que sí podemos superar el hambre con procesos integrales de largo plazo, sin paternalismo, sin generar dependencia.

3. Superar el hambre es cuestión de justicia, equidad e inclusión

Hace cinco años, llegamos a la Guajira Colombiana, nos decía que era uno de los departamentos con mayores índices de pobreza y desnutrición. Fuimos con mucho gusto, ya conocíamos la pobreza y la miseria y sabíamos que podíamos ayudar.

Pero la sorpresa fue muy grande. Jamás habíamos visto la miseria en toda su desnudez, no había agua, los pude ver bebiendo agua contaminada espesa. Pude ver los chivos buscar agua desesperadamente en el desierto lo mismo que las abejas y los sapos buscaban. Debíamos bañarnos con muy poca agua y rápido antes de que llegaran los insectos. Encontramos altos índices de analfabetismo, incipientes y poco pertinentes los servicios de salud y educación.

Nos encontramos con la muerte. Era muy fácil encontrarnos con ella. Una vez íbamos en el carro cuando vimos pasar un grupo de mujeres con mantas negras llorando, llevaban un bebe muerto en un ataúd, lo llevaban para un cementerio. Había muerto de hambre. Muy frecuentemente teníamos que aplazar reuniones porque los participantes debían asistir a los funerales de niños muertos de hambre.

Cuando en televisión muestran los problemas del hambre, a mí no me gusta verlos, porque me duele. Cuando muestra fotos de personas desnutridas, yo no puedo sostener la mirada, eso me duele y cuando encuentro gente en la calle con hambre, no la quiero ver porque me duele. Y si a mí me duele, cuanto más le debe doler a quien la padece. Pero ver morir menores en nuestros brazos de física hambre eso taladra el alma, ver menores que no pueden llorar porque no tienen lágrimas y que han perdido la masa muscular taladra el alma. Y si esto nos duele a nosotros cuanto más les duele a las madres, a los padres y a los hermanos de estos niños.

Y duele aún más conocer las causas. Cuando a mí me preguntan de qué mueren los Wayuu digo que mueren de una enfermedad llamada desigualdad, exclusión racismo, indiferencia, corrupción, libre empresa, deterioro ambiental, abandono. Porque la Guajira no es una región pobre. Produce carbón, petróleo, gas, sal, es una región turística, es una región donde el producto interno bruto subió a un 6,27 muy por encima de la media nacional que fue de 4,5.

Nosotros como socios locales decidimos no aceptar esta situación, decidimos que lo que está pasando con el pueblo indígena Wayuu es inaceptable y decidimos acompañar un proceso de largo plazo. Frente a problemas estructurales, las soluciones deben ser estructurales con medidas de corto, mediano y largo plazo. Y lo podemos hacer gracias al apoyo de **Manos Unidas** y a la corporación Andina de Fomento. Es decir que hasta los desiertos de la Guajira Colombiana ha llegado la solidaridad de **Manos Unidas** para sembrar esperanzas, para salvar vidas concretas, haciendo seguimiento nutricional niño a niño y familia por familia. Fortaleciendo la organización comunitaria y la acción de la sociedad civil, haciendo gestión e incidencia para movilizar voluntades de tal forma que estos pueblos puedan tener garantizado el acceso al agua, a la comida, a la atención en salud y a la educación. Pertenece al movimiento de las “mantas negras”, reconocemos y honramos la vida de los más de cinco mil menores de cinco años muertos en los últimos 6 años por desnutrición, lamentamos como adultos no haber sido capaces de protegerlos y en su honor y en su memoria nos comprometemos a proteger a los que quedaron vivos y a los que van a nacer. Trabajamos en 33 de las más de 4 mil comunidades que tiene la Guajira. Hemos logrado disminuir la mortalidad y la desnutrición, pero el problema es tan estructural y tan complejo que todos los días siguen muriendo indígenas a causa del hambre.

En octubre de 2015 conocí a Maricela Epienayu, una mujer de 1,55 de estatura, muy bonita, inteligente con voz muy suave y vestidos de colores. Una mujer con 22 años, madre de dos hijos. Me contó que estaba enferma de desnutrición pero que ella quería vivir, quería aprovechar su vida, quería ver crecer a sus hijos. Pesaba 28 kilogramos y debería pesar 53, decía la historia clínica. Tenía una enfermedad llamada desnutrición proteico calórica severa. La acompañamos con algunos mercados para ella y su familia, la acompañamos para que fuera atendida en el hospital, pero ya tenía complicaciones graves de salud, intentamos mover la institucionalidad para que ella y sus hijos pudieran tener una atención integral. Y después de muchas reuniones, solicitudes y vueltas, nos pidió que le tomáramos fotos (y gracias a al fotógrafo Nicolò Filippo Rosso un italiano que recorrió la Guajira registrando el hambre y la desigualdad) hoy tenemos estas fotos, ella quería que contáramos su historia, tal vez así no les pase a otros lo mismo, decía. Finalmente murió en agosto del año pasado. Y cuando murió le dije: suba, vuele, donde el hambre no la alcance, porque no hubo un lugar en Colombia, ni en el mundo para esta mujer. La mató la exclusión....

El problema no es la falta de dinero pues ya escucharon que es un departamento altamente productivo, el problema no es la falta de comida. Hoy podemos decir de corazón que no necesitamos comida, que lo que necesitamos es gente comprometida, menos individualista, menos acumuladora, menos consumista, menos contaminadora, menos depredadora y por eso estoy aquí sumándome a la campaña No. 58 de **Manos Unidas**, sumándome al sentir de las fundadoras de Manos Unidas, a todas las delegaciones, a todos los voluntarios y a todos los benefactores. Vengo a decirle que su trabajo vale la pena, que su esfuerzo tiene

rostros concretos, que su trabajo técnico y cuidadoso para seleccionar los socios y los proyectos en cada país es fundamental y que el manejo transparente de los recursos que hace **Manos Unidas** es un ejemplo edificante en medio de la indiferencia, la desconfianza y la corrupción. Los invito a todos a que se den la oportunidad de salvar vidas concretas de personas como Maricela y sus hijos.

Les pido que no se cansen, que la vida no nos alcanza para eliminar el hambre en el mundo, que necesitamos sucesivas generaciones de gente como ustedes.

Que revisemos nuestras prácticas de consumo y despilfarro. Lo que a mí me sobra le corresponde a otro, lo que a otro le hace falta lo tenemos nosotros. Participemos como sociedad civil en asociaciones, organizaciones, apoyemos a organizaciones como **Manos Unidas** que tiene experiencia y trayectoria.

Denunciemos el mercantilismo de los alimentos y el despilfarro. La indiferencia es una enfermedad criminal que produce muchas muertes, busquemos la cura contra la indiferencia.

Superar el hambre es un asunto de justicia y seremos juzgados. En el juicio final nos dirán Venid benditos de mi padre, porque tuve hambre y ustedes me dieron de comer, porque tuve sed y ustedes me dieron de beber, porque estuve enfermo y en la cárcel y me visitaron, estuve desnudo y me vistieron o Id al fuego eterno porque tuve hambre y no me dieron de comer, tuve sed y no me dieron de beber, estuve enfermo y en la cárcel y no me visitaron y estuve desnudo y no me vistieron.

Los invito a que se comprometan con la campaña de **Manos Unidas** porque como dice la campaña EL MUNDO NO NECESITA MÁS COMIDA. NECESITA MÁS GENTE COMPROMETIDA.